

Sayed Kashua

Llega un nuevo día

Notas de una vida
palestino-israelí



Galaxia Gutenberg

© Teri Pengilley

Sayed Kashua nació en Tira, Israel, de padres palestinos. Estudió Sociología y Filosofía en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Es colaborador habitual del periódico *Haaretz* y creador y guionista de la comedia televisiva *Arab Labor*, aclamada por la crítica. Desde que en 2002 publicó su primera novela, toda su obra ha querido contar a la sociedad israelí una historia, la historia de los palestinos. Pero en julio de 2014 decidió con su mujer y sus tres hijos abandonar Israel y trasladarse a Estados Unidos sin billete de retorno. En 2015 empezó a trabajar como profesor en la Universidad de Chicago y en la de Urbana-Champaign, ambas en Illinois.

Ha publicado cuatro novelas. La última en 2017: *Track Changes*. La primera, *Árabes que bailan*, fue llevada al cine en 2014 con el título *Una identidad prestada*. En 2006 publicó la segunda, *Que llegue mañana*. Su tercera novela, *Segunda persona del singular* (Galaxia Gutenberg, 2015), ganó el prestigioso premio Bernstein.

Hasta el momento, su obra ha sido traducida a quince idiomas.

Sayed Kashua ha sido elogiado por el *New York Times* como un maestro de la sutileza en el trato de las sociedades árabe y judía. Árabe-israelí que vivió en Jerusalén la mayor parte de su vida, Kashua comenzó a escribir con la esperanza de crear una historia con la que tanto palestinos como israelíes pudieran identificarse, en lugar de presentar dos relatos distintos que no pueden coexistir. Dedicó sus novelas y su columna semanal satírica publicada en Haaretz a contar la historia palestina y explorar las contradicciones del Israel moderno, mientras que también captura los matices de la vida familiar cotidiana en toda su ternura y caos.

Con un tono íntimo alimentado por la aprehensión profundamente arraigada y un ingenio irónico, Kashua ha estado documentando su propia vida y la de la sociedad en general: escribe sobre la crianza de sus hijos y sus encuentros con el racismo, sobre la paternidad y la vida matrimonial, el conflicto judío-árabe, sus ambiciones profesionales, sus viajes por el mundo como autor y, más que nada, su amor por los libros y la literatura. Kashua presenta una serie de reflexiones brillantes, cáusticas, irónicas y audaces sobre las dinámicas sociales y culturales experimentadas por alguien que abarca dos sociedades tan distintas. Escrito entre 2006 y 2014, *Llega un nuevo día*, una selección de sus columnas en el periódico, se lee como un diario personal desenfrenado y profundamente reflexivo.

SAYED KASHUA

Llega un nuevo día

Notas de una vida palestino-israelí

Traducción de
Raquel García Lozano

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: בן הארץ
Traducción del hebreo: Raquel García Lozano

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: mayo de 2019

© Sayed Kashua, 2015
© de la traducción: Raquel García, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019
Imagen de portada: © Micha Bar Am/Magnum Photos/Contacto

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17747-57-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Introducción

PRIMERA PARTE Se lo advierto (2006-2007)

Se lo advierto
El Día de la Ascensión
¿Quién ganó?
Señoría
Cumpleaños
Vacaciones en Tel Aviv
Acusado
La costura
Felices fiestas
En lugar de un cuento
Varicela
¿Me quieres?
Nuevo rico
Día de la Independencia
Una habitación propia
La próxima gran obra
El osito sí sí
La bicicleta
La voz del lector

SEGUNDA PARTE
Pasaportes extranjeros
(2008-2010)

Pasaportes extranjeros
Míster Roth y yo
Un conejito monstruoso
De nuevo con vosotros
Época de austeridad
Para bien o para mal
Un país con ilimitadas posibilidades
Buenos días, Israel
El supermán palestino
Una agradable conversación en la barra de un bar
Las lágrimas fluyen por sí solas
Agua bendita

TERCERA PARTE
Antihéroe
(2010-2012)

Antihéroe
Nobleza obliga
El festival de literatura
Liquidación
Conversación nocturna
Es todo por mi culpa
Despedida de mi padre
La ensalada de Tira
Tradicionales
Un regalo de Arabia Saudí
Revolución en la cocina
Clase de árabe
Labor sagrada
Un caramelo envenenado
La Nakba en HD
Noche en vela

Pasaje al paraíso
La señal de la alianza
Insomnio
Deberes
Burbuja holandesa

CUARTA PARTE
Historias que no me atrevo a contar
(2012-2014)

Historias que no me atrevo a contar
Orgullo y prejuicio
El fruto prohibido
El cielo llorará
Sin padres
Conversación con un extraño
Se hace bibi
Un viejo
Nieve en la ciudad
¡El tribunal!
Electricidad en el aire
¿Hay futuro?
Monólogo del culo
Y así declaro
Estados Unidos
Lo que se queda en casa
Despedida

Introducción

Hace alrededor de un año que salí de Jerusalén y vine a vivir a Urbana-Champaign, Illinois, con mi esposa y tres hijos. Celebramos el aniversario preparando humus en casa y friendo falafel. Ahora ya sabemos dónde comprar los productos adecuados para preparar comidas que se acerquen a los sabores de nuestra tierra. Mi hijo menor, que llegó aquí con tres años y sin saber ni una palabra de inglés pidió otra porción de falafel. Partí una pita por la mitad, la rellené con unas bolitas de falafel, añadí unas rodajas de tomate y pepino y lo empapé todo con salsa tahini. «¡Hale, papá! – dijo al dar el primer bocado con avidez; luego añadió, en inglés con acento del medio oeste–: ¡Este taco está buenísimo!». Ya tenía una idea para mi columna semanal.

Cuando empecé a escribir la columna semanal en el periódico *Haaretz*, hace más de diez años, aún vivía en Beit Safafa con mi mujer y mi hija mayor. Después tuve otros dos hijos, me trasladé del este al oeste de Jerusalén, hubo cambios de gobierno, estallaron guerras, fueron sofocadas y estallaron de nuevo, y yo continué escribiendo una columna cada semana.

Escribir una columna semanal puede ser una auténtica pesadilla. Había días en que acababa deambulando por las calles de la ciudad repitiendo en voz alta la pregunta: «¿Sobre qué voy a escribir esta semana?». Cuando notaba que la columna no era buena, o cuando sentía que no tenía nada sobre lo que escribir, me sumía en la depresión. Cuando

sabía que había escrito una buena columna, estaba feliz, aunque tratase sobre la caída de misiles.

Escribir la columna era para mí una forma de vida. En el momento en que enviaba la columna a los redactores del periódico, empezaba a pensar en la siguiente. No buscaba una idea, sino una sensación. El sistema adoptado era escribir sobre lo que me había conmovido más que ninguna otra cosa durante esa semana. Aguzaba los sentidos y buscaba sentimientos, miedo, dolor, esperanza, pasión, ira o alegría, y me prometía a mí mismo que intentaría trasladar esos sentimientos a los lectores de la columna por medio de relatos cortos. Intentaba ser honesto, contar la verdad tal y como yo la entendía, aunque las columnas a veces eran completamente de ficción.

A lo largo de diez años, escribí sobre casi todas las personas que conocía, y perdí a la mayoría de mis amigos, porque la gente que me rodeaba acabó alejándose de mí o callándose en mi presencia por miedo a que todo lo que dijera apareciera en el periódico. Durante esos años le amargué la vida a mi mujer y al resto de mi familia, no dudé en aprovecharme de ellos, si creía que eso me ayudaría a escribir buenas historias.

Creo que, sobre todo, intenté que la realidad sobreviviera por medio de las palabras. Poner orden en el caos y encontrar una lógica interna en las cosas que veía a mi alrededor y que yo mismo experimentaba. En esas columnas podía disculparme, gritar, temer, suplicar, odiar y amar, pero, sobre todo, buscar esperanza, hacer mi vida algo más llevadera. Esa es la razón por la que seguí escribiéndolas mientras tuve la esperanza de que, al final, todo iría bien, de que lo único que había que hacer era escribir la vida a modo de relato, y buscarle un final feliz.

SAYED KASHUA
Junio de 2015

PRIMERA PARTE

SE LO ADVIERTO
(2006-2007)

Se lo advierto

Destinatario: Redactor del suplemento del periódico *Haaretz*

Asunto: La columna de Sayed Kashua

Estimado señor:

Vamos a ver. No es la primera vez que envío una carta a los redactores de los periódicos en los que está empleado mi marido, conocido con el nombre de Sayed Kashua. Esta carta, como las anteriores, es una carta formal de advertencia. En caso de que mis demandas no sean satisfechas, no me quedará más remedio que recurrir a instancias judiciales.

Su reportero, mi marido, es un mentiroso patológico, un chismoso y un estafador que, desgraciadamente, se gana la vida distorsionando la verdad y dibujando un retrato completamente inverosímil de la realidad. Me sorprende que un periódico respetable como *Haaretz* se apresure a publicar las falsedades de mi marido sin molestarse en comprobar la veracidad del material que se publica. ¿Cómo es que no tienen el más mínimo sistema de control que compruebe si, en las columnas de su respetado reportero, aparece alguna calumnia que pueda desencadenar una larga lista de querrelas?

Los bufetes de abogados con los que me he puesto en contacto me han asegurado que en el 90% de las columnas que se han publicado en su periódico hay motivos para una

demanda con resultados favorables asegurados. Hasta este momento he evitado presentar querellas de ese tipo, porque no soy codiciosa como mi marido, su reportero, que ha demostrado más allá de toda duda razonable que no se detiene ante nada con tal de ganarse la vida. Los actos de mi marido no me sorprenden, porque conozco perfectamente su carácter. Sin embargo, me sorprende que tantos y respetables redactores de su periódico ignoren la gravedad de la situación.

Como condición para poner fin a los procedimientos judiciales que he iniciado, exijo que su respetable periódico publique una disculpa, clara como el agua, en un lugar al menos tan destacado como el que le proporcionan a su inmoral reportero. Los lectores del periódico deben comprender más allá de toda duda razonable que el retrato que mi marido describe de su vida familiar es una burda mentira y carece de toda base real.

Con absoluta desfachatez, y con el apoyo de ustedes, mi marido dibuja casi cada semana un retrato monstruoso en el que normalmente yo soy la estrella. Hay que poner fin a este maltrato y, como no hay forma de comunicarse con el enfermo mental que tengo hospitalizado en casa, me dirijo a ustedes, como únicos responsables, para que acaben con esta infame campaña de difamación.

Mi marido, como sus lectores comprenderán, tiene graves problemas de adicción, y no me estoy refiriendo ahora al alcohol o a otras sustancias, sino a su adicción a la mentira y a la falsedad, que se han convertido en parte inherente de su vida cotidiana.

En su última columna, mi marido ha alcanzado nuevas cimas al describirme como una mujer iracunda y desquiciada que desea su muerte y que dice frases como «ojalá los gusanos te devoren los pulmones», una frase que, evidentemente, jamás ha salido de mi boca y que es fruto de las alucinaciones y aberraciones de su cerebro enfermo. Por no hablar del resto de las blasfemias que mi marido pone en

mi boca y que no voy a repetir aquí para no herir la sensibilidad del público.

Es de lo más sorprendente que mi marido utilice insultos como herramienta habitual de escritura. Da la sensación de que sus redactores ni siquiera pestañean ante los constantes exabruptos que aparecen en sus artículos.

Los escritos donde mi marido me describe me causan un sinfín de problemas. Muy a mi pesar, me veo obligada a dar explicaciones a mi familia y a mi círculo de conocidos, en el trabajo y en el barrio. Día y noche tengo que hacer frente a preguntas sobre acusaciones infundadas que se publican en un periódico tan serio como el suyo. Mientras yo he sido el blanco de sus dardos, he mantenido la boca cerrada y he decidido contenerme para mantener una apariencia de armonía familiar. Sin embargo, últimamente, mi marido ha logrado dañar la rutina diaria de sus hijos: también la niña, su primogénita, ha tenido que dar explicaciones a los padres de los niños de la guardería a la que asiste. Durante la última fiesta de Purim, mis ojos se llenaron de lágrimas cuando una de las madres quiso saber, basándose en lo publicado en su periódico, si era cierto que mi madre, descrita por su reportero como «mi suegra», es una especie de bruja que tiene como única finalidad en la vida apartarme de mi marido.

No comprendo por qué asuntos familiares, independientemente de que sean fidedignos o no, tienen que publicarse en los periódicos, y menos aún en uno como *Haa-retz*. Por cierto, aprovecho la ocasión para informar de que yo también me uno a la lista de los que han cancelado su suscripción al periódico, y apelo a todos aquellos que tienen sentido común a que sigan mis pasos y los de muchos otros que se niegan a que un producto así entre en sus casas.

No soy una de esas personas que airean públicamente los conflictos familiares, pero en el caso que nos ocupa, y tras la experiencia del pasado, sé perfectamente que esta

es la única forma de acabar con esta infame campaña de difamación: espero encarecidamente que sigan los pasos de otros periódicos que con anterioridad recibieron advertencias formales y que respondieron a mis demandas despidiendo a mi marido de inmediato.

Los lectores deben saber que mi marido, y estoy hablando como una profesional con muchos años de experiencia en un hospital psiquiátrico, sufre diversos trastornos de personalidad, y que su estado se define formalmente en jerga psiquiátrica como trastorno límite de la personalidad, algo que comporta numerosos desórdenes de conducta, de los cuales, tal vez los más graves sean el trastorno paranoide de la personalidad, la psicosis paranoica y el trastorno narcisista de la personalidad. Los lectores deben saber que mi marido sufre repetidos y recurrentes ataques de delirio en grado 4 en una escala de 5, delirios que se van agravando con el paso de los años.

Un pequeño ejemplo, sólo para explicar de lo que estamos hablando: últimamente, mi marido está convencido sin la más mínima duda de que es un asquenazí de origen polaco cuyos padres, que siempre han vivido en Tira, son supervivientes del Holocausto que emigraron a Palestina en un barco de inmigrantes ilegales en el año 45. Mi marido, estimados redactores y lectores, vuestro reportero, últimamente va por las calles de Beit Safafa contando a los transeúntes que es el único asquenazí del pueblo. Cuando le piden su dirección, para darle un toque distinguido, escribe «Beit Safafa Alto».

Lamento mucho haberme visto arrastrada a utilizar esta línea difamatoria en las páginas del periódico. Va en contra de mi naturaleza, sin embargo, ante el deterioro de la situación, no me ha quedado más remedio, los lectores sabrán perdonarme.

Atentamente,
la mujer de Sayed Kashua.